

do siempre el fuego de las fuerzas que guarnecían la costa. Llegó la noche sin que por una ni otra parte hubiera podido adelantarse nada. El combate cesó por el momento, sobreviniendo una copiosa lluvia; pero independientes y realistas empezaron á tomar nuevas disposiciones para continuarlo al día siguiente.

Los realistas tenían en Talcahuano, además del castillo de San Agustín que defendía la entrada, cuatro piezas de artillería traídas de Concepción. Con ellas establecieron dos baterías de costa, cruzando sus fuegos al frente de la fragata encallada, á medio tiro de fusil. El vice-almirante Blanco Encalada por su parte, echó un anclote por la popa de la «Lautaro» y lo fijó en tierra, colocándose en actitud de apagar los fuegos del castillo y de las baterías improvisadas. Durante toda la noche, continuóse en el empeño de poner á flote la fragata, permaneciendo todos sobre las armas. Amaneció el día 29. Independientes y realistas ocupaban sus respectivos puestos apercebidos al combate. Rompióse el fuego por una y otra parte, casi á tiro de pistola. Muy luego reconoció el almirante chileno la superioridad de su artillería y renovó con más vigor su ataque, consiguiendo apagar los fuegos de algunas baterías de tierra. En lo más recio del fuego levantóse una brisa del sud, que barrió repentinamente las nubes de humo que oscurecían la bahía. El viento de la fortuna que había henchido las velas chilenas favoreciendo su entrada, sopló en sentido contrario favoreciendo su salida.

Eran las once de la mañana, y el éxito del combate, que dependía de un casco inerte, permanecía aún indeciso. Por algún tiempo creyóse que sería indispensable abandonar la presa, incendiándola. La brisa del sud que continuaba soplando, fué transformándose poco á poco en fresca ventolina. Apercebido de ello Wilkinson, mandó soltar las armas de combate. Toda la tripulación como movida por un resorte,

acudió al timón, trepó á las vergas, cazó las velas, se asió al cabrestante, y concentrando todos sus esfuerzos sobre un calabrote que á prevención se había colocado á popa de la fragata, ésta se puso gallardamente á flote y tomó arrancada. La operación se hizo con tal rapidez, que los realistas sorprendidos no acertaron ya á continuar el combate. Mientras tanto, los marinos chilenos celebraban su triunfo con un entusiasta; *Viva la patria!* que los marinos ingleses acompañaban con estruendosos; *Hurras!* La escuadra chilena celebró su primer triunfo con una salva de 24 cañonazos, y abandonó la bahía de Talcahuano, reforzada con una fragata más, que en honor del que la había fundado prediciéndole la victoria, tomó el nombre de la «O'Higgins».

VI

Los cuatro buques de la esuadra chilena reuniéronse en la isla de Santa María, donde se incorporaron á ellos el bergantín argentino «El Intrépido» (conocido también con el nombre de «Maipu») comandante Tomás Carter (13), y el

(13) Á solicitud del gobierno de Chile la marinería argentina de el «Intrépido» ó «Maipu», pasó á tripular la fragata «María Isabel» de acuerdo con San Martín, nombrándose á Carter comandante de la fragata chilena la «Lautaro», según consta de oficio de Guido de 19 de noviembre de 1818. El gobierno argentino aprobó la medida con fecha 12 de enero de 1819, pero previno á Guido: «Siendo muy propio y de » no menos interés ante la gloria y honor de estas Provincias, que en » la escuadra de Chile haya siquiera un buque que participe de sus » triunfos en la alta empresa á que está destinada, empeñe todo su » celo á efecto de que el «Intrépido» logre el objeto que se propone.» (Docs. del Arch. general. M. S. S. originales.) Antes de la llegada del «Intrépido», el gobierno argentino había remitido á Chile como auxilio de guerra, dos morteros, 3 obuses y 4 cañones con sus correspondientes dotaciones de municiones. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

« Galvarino », capitán Martín Jorge Guise y Juan Spry, experimentados marinos de la armada británica. La escuadra constaba á la sazón de nueve buques de fuerza, incluso la « María Isabel », con 234 cañones.

Sucesivamente fueron cayendo en poder de los independientes los demás trasportes de la expedición hasta el número de cinco, tomando á su bordo como 700 prisioneros. Así terminó esta expedición en la que España agotó sus últimas fuerzas para reconquistar sus colonias insurreccionadas, y que por mucho tiempo tuvo en alarma á toda la América del Sud. De los once trasportes, uno quedó abandonado en Canarias, según se dijo antes; otro se entregó en Buenos Aires; cinco fueron apresados, incluso la fragata que los convoyaba, y los cuatro restantes escaparon con 800 hombres, habiendo sucumbido durante la travesía como una cuarta parte de la tripulación devorada por el escorbuto (14). Fué un golpe de muerte para la metrópoli. Desde ese día las naves españolas perdieron para siempre el dominio del Pacífico, y el camino de la expedición al Perú, calculado cuatro años antes por San Martín, quedó franqueado por la marina chilena cuya influencia en los destinos de la revolución americana había adivinado el genio observador y paciente del grande hombre de guerra.

Á los 38 días de haber zarpado de Valparaíso las cuatro naves que iban á conquistar el dominio del Pacífico, trece velas republicanas formaban en línea bajo los fuegos del castillo que las saludaba, en medio de las aclamaciones de un pueblo que tributaba al vice-almirante Blanco Encalada y á sus com-

(14) Los trasportes entregados ó apresados fueron la « Trinidad » en Buenos Aires, y la « Dolores », la « Magdalena », la « Helena », la « Jerezana » y la « Carlota » en la isla de Santa María, á más de la « María Isabel », en Talcahuano. Los transportes que se salvaron fueron: el « Atocha », el « Escorpión », el « San Fernando » y la « Especulación ».

pañeros las ovaciones del triunfador. El gobierno, en premio de esta gloriosa campaña naval, decretó un parche de honor color verde mar, con un tridente en su centro orlado de palma y laurel, y en su contorno esta leyenda: « SU PRIMER ENSAYO DIÓ Á CHILE EL DOMINIO DEL PACÍFICO » (15).

Para coronar esta victoria, pocos días después (28 de noviembre de 1818), fondeaba en Valparaíso un buque que traía á su bordo uno de los primeros marinos de la Gran Bretaña, destinado á acrecentar su fabulosa fama en el nuevo mundo con beneficio para la libertad humana. Llamábase Thomas Alejandro Cochrane. Su nombre había resonado en todos los mares, vinculado á extraordinarias hazañas. Natural de Escocia, con título de alta nobleza y miembro del parlamento inglés, formaba en las filas de la oposición radical. Complicado en operaciones bursátiles de carácter dudoso, fué enjuiciado y condenado á ser expuesto en la picota y expulso de la cámara de los comunes á que pertenecía. No obstante que el pueblo cubriera por suscripción la multa que se le impuso, y el condado que presentaba lo reeligióse, el altivo prócer prefirió la expatriación y las aventuras heroicas, y decidióse á ofrecer sus servicios á la causa de la independencia sud-americana, aceptando las ofertas que le fueron hechas por Alvarez Condarco y Álvarez Jonte, agentes de Chile y de San Mar-

(15) Para confeccionar esta página histórica, hemos tenido á la vista los partes oficiales del vice-almirante Blanco Encalada, publicados en la « Gaceta de Chile », y los informes verbales que me comunicó verbalmente el mismo en Valparaíso en 1849. La correspondencia oficial y confidencial de San Martín y de Guido con el gobierno argentino sobre el particular, que original existe en el Arch. gral. y en el Arch. San Martín, vol. LXIII. M. S. S. Como obras de referencia hemos tenido presentes: las « Memorias » de Miller, que formó parte de la expedición; la « Memoria sobre la primera escuadra chilena », por García Reyes; los nuevos datos que agrega Barros Arana en su « Hist. de la Indep. » y la « Crónica de la marina militar de la república de Chile », por Sayago.

tín en Londres (16). Al ausentarse de la patria, hizo una ruidosa manifestación de sus principios radicales en política, en medio de grandes aplausos populares. Con motivo de un banquete de protesta y despedida que le fué ofrecido, levantó su copa rebosando de amargura, y dijo á sus conciudadanos : « El parlamento debe ser reformado por el pueblo : él no se reformará jamás dentro de sí mismo. En las grandes poblaciones como Londres, se cambiarán algunos nombres, pero su carácter será siempre el mismo. La única esperanza que le queda á la patria es que la extravagancia y opresivas medidas del gobierno llevarán á tal punto la miseria y la degradación, que ya el pueblo no podrá sufrir más. Reuníos y comunicaos vuestros sentimientos, y no presentéis peticiones. Dicen que estoy arruinado : no estoy arruinado en el ánimo, pues resisto á la opresión. Voy á ausentarme de la patria, pero no siento dejar á los que edifican iglesias con el dinero que quitan á otros : no siento dejar á los propagandistas religiosos, porque sé que son unos bribones : no siento dejar á los inventores de nuevos impuestos, porque son una plaga del país que sólo sirve para ser destruída como los insectos dañinos : no á los espías del gobierno, ni á los que cortan los pescuezos de los ingleses para justificar las providencias opresoras. Lo que siento es dejar á la patria en que yacen las cenizas de mis abuelos, que pelearon por la libertad del pueblo inglés, y dejarla oprimida y robada por hombres sin misericordia y sin prudencia. Aunque me aparto de la patria, no me aparto de la libertad. Si llegaseis á necesitar de mis servicios y condenaseis á los opresores de la patria al mismo destino que sufre un tirano ilustre (Napoleón), volveré al momento y los

(16) Correspondencia de Álvarez Condarco y Álvarez Jonte con San Martín en enero de 1818. (Arch. San Martín, vol. XLIII. M. S. S.)

» conduciré á Santa Helena » (17). Esta resolución generosa y esta arenga amarga, da idea del temple de alma, del carácter y del temperamento de este nuevo personaje que entra en escena, apasionado y extremado en todo, así en el heroísmo como en el odio y el amor, y cuyo retrato completaremos cuando le veamos entrar en acción.

El vice-almirante chileno, sin infatuarse por su reciente triunfo, se inclinó modestamente ante el héroe británico, y reconociéndolo más capaz que él para llevar á cabo la empresa por él iniciada, renunció el mando de la escuadra : « El respeto que me inspira la incontestable superioridad de este ilustre marino, me hace cederle gustoso mi puesto, y proseguir bajo sus órdenes la obra comenzada. » Cochrane fué nombrado jefe de la escuadra chilena con el grado de vice-almirante, y al reconocer la nobleza del proceder de Blanco Encalada, consignó más tarde en sus Memorias este recuerdo : « El almirante Blanco me cedió con generosidad patriótica su puesto, aun cuando la heroica acción que acababa de ejecutar le diese derecho para conservarlo ; siendo además tan franco, que en persona anunció á la tripulación de los buques el cambio que se había efectuado. » Blanco Encalada era casado con una de las más hermosas mujeres de Chile, y la esposa de Cochrane que le acompañaba, era un tipo simpático de la belleza británica, que fué otra de las grandes pasiones del héroe. Las dos jóvenes esposas fueron en aquella época las estrellas de la sociedad chilena, mientras los dos almirantes sostenían con honor en los mares la estrella de la república naciente, que brillaba con su pabellón al tope de los mástiles de la escuadra dominadora del Pacífico.

(17) El discurso íntegro de Cochrane, publicóse en el « Times » de 5 de junio de 1818 y en el « Censor » de Buenos Aires, núm. 157.